

SELENE MÁRTIN

*LA PIEDRA DEL
DESTINO*

Prefacio

Los aldeanos corrían despavoridos. Las fuerzas extranjeras no los superaban en número, en cambio sí lo hacían en armamento y fuerza. Hombres, mujeres y niños caían bajo el poderío de los extraños objetos que escupían fuego. Los guerreros de la tribu dieron sus vidas para proteger el escape de la Reina Aliyah...su sacerdotisa Naima de rodillas sobre la tierra imploró a los Dioses por su ayuda. Numerosas imágenes abarrotaron su mente; antes de abrazar la muerte a manos de los cruentos invasores y la Reina ordenó al escriba ponerlas en detalle en un papiro; para contar a las generaciones futuras lo que fue y lo que vendría. El conocerla y difundirla les daría la fuerza necesaria para soportar los vejámenes y atrocidades a las que el pueblo africano sería sometido a manos de los infames colonizadores.

El papiro paso de mano en mano entre los protectores de la familia real y su contenido era conocido por todos quienes habitaban el territorio africano. La profecía era parte de su idiosincrasia y fue relatada y alimentada por quienes esperarían con ansias la llegada de ese glorioso día. En sus mentes se repetían como una certeza las siguientes palabras:

El sufrimiento, destrucción y pérdida que sufrirá nuestro pueblo por obra de los despiadados invasores extranjeros. Será en su momento redimido por una mujer con los ojos color de jade. Heredera al trono de Zaire. Descendiente directa del Rey mambo Kirokú gobernante del imperio Monomotapa. La mujer aquí mencionada verá la luz al interior de la selva; en medio del oscurecimiento del Dios Sol a manos de la Diosa Luna... cuando los astros en el cielo circundante formen una línea. Poseerá la similitud y belleza de la Reina Nefertiti. La habilidad de controlar a voluntad a la madre tierra y todo aquello que se encuentre en comunión con ella. Recuperará el dominio del antiguo imperio extendiéndolo sobre toda África. En vísperas de su vigésimo cuarto solsticio. Se unirá a La Estrella Roja sellando su destino y encontrando así el balance que le hará falta para poder cambiar, gobernar o destruir el mundo según su deseo.

Si Jafer hubiese podido anticipar los drásticos acontecimientos que se suscitarían a su alrededor marcados por ese trágico día; habría utilizado los medios necesarios para poner en marcha la parte final de su truculento y ambicioso plan tiempo atrás. Para su desgracia y como pudo constatar poco antes de abrazar su cruel pero bien merecido final; no existía nada en el mundo capaz de deshacerlo...estaba escrito.

De momento otras preocupaciones inundaban su insidiosa mente. Ese inesperado viaje alteró una vez más su secreta agenda; ocasionándole un malestar difícil de disimular. Confiaba en que en esta ocasión también se tratara de una falsa alarma, de lo contrario podía darlo todo prácticamente por perdido. Su dura expresión se suavizó instintivamente al divisar a escasos metros más adelante de su actual posición; el paso lento pero seguro de una caravana de beduinos; que avanzaba incólume por las dunas del inmenso e implacable desierto. Un viaje al cual estaban habituados. Lo realizaban varias veces al año con el fin de adquirir agua y víveres en la ciudad de Riad. El sol alcanzaba el cenit brillando en todo su fulgor y el calor se advertía más sofocante al transcurrir cada segundo.

El pausado andar de los beduinos fue interrumpido por la abrupta aparición de un jinete a todo galope; que atravesó la caravana sin mediar palabra alguna. Agmhed hombre mayor de cabellos claros, jefe de la tribu, se sorprendió por su descortesía. Le conocía de otrora y le constaba que era alguien cortés y de buenas maneras. El aguerrido jinete respondía al nombre de Sharid Ali Al Aziz V; Shej de Emiratos Árabes Unidos. Lo escoltaban su consejero Jafer Rahid y una treintena de hombres fuertemente armados...igualmente a caballo. Su premura obedecía a que su tío; Ibrahim Al Aziz III, Sha de Arabia Saudita...yacía en su lecho de muerte y le urgía alcanzarlo antes de que este diera su último suspiro. Sharid y su tío eran muy unidos. Solo se tenían el uno al otro; tras la inesperada y trágica muerte del padre del Emir junto a sus dos hermanos mayores y la repentina viudez de Ibrahim al morir su cuarta esposa; víctima de una terrible reacción alérgica a escasos seis meses de haber contraído nupcias. Se vio obligado a repudiar a las otras tres como era la costumbre al relucir que pasados ocho años de matrimonio ninguna le había otorgado un heredero. Lo que nunca sucedería considerando que a causa de una enfermedad degenerativa no

diagnosticada; Ibrahim perdió su capacidad de procrear. Había sacrificado a sus esposas en vano. El mandado a sucederlo sería su sobrino. Contaba por supuesto con la aprobación de los Ulema; líderes religiosos del país. Dentro de muy poco Sharid controlaría Arabia Saudita. El principal país productor de petróleo del mundo y con él un poder económico prácticamente sin límites.

¿Hijo? ¿Eres tú? — inquirió Ibrahim al ver a Sharid irrumpir presurosamente en su habitación.

Las inmensas arrugas en su rostro cansado le añadían más años de los verdaderos. Aún con ese demacrado semblante; se podía percibir que en sus años mozos fue muy atractivo. Su cabello estaba cubierto por canas de un blanco grisáceo y su frondosa barba le caía sobre el pecho.

Si tío, aquí estoy - respondió Sharid, aún agitado por el feroz viaje - Disculpa mi demora. El avión sufrió una avería que nos obligó a aterrizar en medio del desierto. Debimos recorrer la última parte del trayecto a caballo. ¿Cómo te sientes?, ¿Necesitas algo?.

No te mortifiques hijo. Esto ya no tiene remedio - aseveró Ibrahim con la poca fuerza que aún poseía.

No digas eso - refutó Sharid acongojado. Le dolía profundamente ver como el último lazo de sangre que le quedaba; se esfumaba frente a sus ojos sin que pudiera impedirlo.

Lo digo porque es cierto - afirmó Ibrahim - No debes preocuparte por eso; iré a un lugar mejor, junto a Alá y a mis seres queridos. Lo único que me preocupa es dejarte solo con la carga. Ahora no solo te debes a tu pueblo; sino también al mío...del que te hago entrega con el mayor de los gustos. Mi gente no podría quedar en mejores manos. Kof kof, kof, tosió copiosamente a lo que Sharid refutó.

No debes agitarte. Tranquilízate por favor o te sentirás peor.

No tengo tiempo para calmarme - musitó Ibrahim - Lo que debo decirte no puede esperar. Kof, kof, kof, tosió nuevamente y Sharid le acercó un vaso con un poco de agua; que reposaba en su mesa de noche. Ibrahim bebió un sorbo lentamente y continuó - Se acerca el momento en que deberás tomar difíciles decisiones en pro de preservar la hegemonía del mundo árabe. La fuente de dichas decisiones se abre con esa llave - Afirmó señalando a su pecho.

Sharid portaba esa llave desde los diez años. Su padre se la había entregado como regalo de cumpleaños...afirmándole que ponía en sus manos una herramienta para alcanzar un futuro inmejorable. Siempre le intrigó el objeto que abriría y más aún; lo que este contenía.

Es algo sumamente importante. Su paradero solo lo conocía tu padre. Pasó la información a una persona de su absoluta confianza. Cuando muera esa persona te buscará y te lo explicará todo. Deberás actuar sin vacilaciones - Kof, kof, kof, tosió una vez más; pero en esta ocasión casi no pudo recuperar el aliento. Sharid le sujeto las manos con fuerza y dijo.

Está bien tío; te prometo que así lo haré. Solo relájate. Voy a permanecer aquí a tu lado sin moverme. Duerme un poco.

Ya tendré tiempo de dormir - replicó Ibrahim - Lamento no poder estar contigo más tiempo para conocer a tu primogénito y verte casado con la mujer que se está destinada para ti.

¿A qué mujer te refieres tío? - inquirió Sharid con desilusión - Ha pasado tanto tiempo que creo que esa mujer no existe.

Existe hijo - aseguró Ibrahim como si supiera más de lo que decía.

Tal vez ya pasó por mi vida y he estado tan ocupado en mis propios asuntos que no pude reconocerla. La alianza matrimonial de mi madre continúa perdida. La hemos buscado por años sin tener éxito. Lo peor es que si papá acertaba y mi felicidad se encuentra atada a ella...no seré feliz nunca a menos que ese anillo regrese a mis manos. Perdí mi oportunidad de alcanzar la dicha. Debí hacerle caso a Jafer y casarme con cualquiera sin reparar en mis sentimientos.

No te des por vencido hijo - aconsejó Ibrahim acongojado - El amor es la única fuerza en el mundo capaz de lograrlo todo. No renuncies a experimentarlo. La encontrarás igual que a ese anillo cuando sea propicio. Eres el último Al Aziz. Nuestra dinastía no debe, no puede morir contigo. No permitas que nuestros pueblos sucumban ante nuestros falsos aliados y menos aún; ante nuestros más certeros enemigos. ¡Prométemelo!.

Lo prometo tío. No te defraudaré - aseveró Sharid.

Estoy seguro de eso hijo - le respondió Ibrahim con una tímida sonrisa; para luego morir apretando su mano.

Sharid se recostó sobre su regazo tratando de asimilar que lo había perdido para siempre. El cielo oscureció intempestivamente. Una sorpresiva tormenta sacudió el pueblo; como si advirtiera que su querido Sha había dejado de existir. Para todos sería una pérdida difícil de asimilar.

